

cristal, y por último, rodeado de un grupo de hombres nuevos, marcó nuevos derroteros en la vida de la República.

Mazo formidable a cuyos golpes la roca de las tradiciones monarquistas se desmoronaba, el fué clarín sonoro de las excelencias de la República como organismo político, y de la democracia como institución social; él señaló con la Filosofía la existencia de los DERECHOS NATURALES E INVOLABLES DEL HOMBRE, que nacen con su propio ser, sólo de los cuales arrancan los derechos convencionales del Estado.

«Hagamos República, exclamaba erguido y admirable de fe. Hacer República es suprimir sobre todo la omnipotencia del Gobierno».

«Por muchas que sean las libertades políticas de un pueblo, la centralización administrativa suprime una que es muy esencial: la de vivir por sí, la del manejo de sus propios intereses, la de la actividad conciente, que sean cuales fueren sus peligros, es la gloria y la grandeza del ser racional sobre la tierra».

«El carácter universal de la ley — exclamaba — es lo que le da su grandeza —, lo que hace de ella algo de impersonal, de extra humano, por decirlo así: como si en vez de ser artificio nuestro fuera un oráculo de la naturaleza cuando es de veras la expresión del derecho en fórmula de gravitación social, un eco de la conciencia humana; quien quiera que la encuentre y que la fije, no es la obra de este individuo o de aquél, no queda encerrada en los límites de una frontera, no cabe bajo los pliegues de una bandera nacional; tiende su vuelo sobre las barreras que separan a los hombres, y forma parte, un día u otro, del acervo de la civilización...»

«La idea y el sentimiento de la Patria — decía — nacen ciertamente en lo más hondo de la naturaleza humana, y por impulso lógico suyo, amamos con invencible amor la tierra en que nacimos, y el pueblo de que formamos parte; estos impulsos son formas del olvido de sí mismos y del sacrificio de los intereses egoístas, nobles y hermosos por lo tanto, pero el patriotismo mal entendido puede convertirse en una especie de ensimismamiento, de miseria egoísta y de miserable avidez, si pretendemos que nuestra patria, por ser la nuestra, valga más que las otras; si ponemos en ella las vanaglorias pueriles y los apetitos desordenados de fama sin fundamento y de prosperidad a costa del derecho ajeno».

«Una ignorancia digna de risa cuando no de llanto, — repetía siempre, — es la que hace imaginar a muchos que la panacea que estos pueblos necesitan se compone de dos drogas: la que ellos

llaman LIBERTAD DE IMPRENTA que es el desenfreno de la procacidad, y lo que llaman SUPRAGIO LIBRE, que consiste en que ellos y sus amigos manejen el país...»

Pero a qué seguir espigando en los vastos e inmensurables dominios de sus prédicas escritas o verbales. Sería no acabar, y de otra parte, éstas y otras ideas, por generalizadas hoy, suenan ya a clarines lejanos; no así en aquellos tiempos de gobiernos dictatoriales y de democrática ignorancia. Entonces las multitudes sedientas de libertad y de justicia, al oírle lo aclamaban, porque veían cristalizadas en forma autorizada y elocuente, ideas y sentimientos íntimos que nadie les había dictado, pero que sin embargo adivinaban intuitivamente como ALGO que si no existía ya en alguna parte, se debía necesariamente inventar para hacer más digna y llevadera la exis-

tencia trashumante de los hombres y los pueblos.

¡Ah, la obra de Zambrana en Costa Rica no cabe en los broqueles de un artículo sintético festinado, ni es para ser escrita por una inteligencia oscura como la mía, ella necesita un marco de oro esculpido por un artista genial, con las perlas preciosas que él dejó regadas en el propio campo que fué testigo de los más fecundos momentos de su vida!

Pero no fué solo en Costa Rica adonde el maestro triunfó. En Chile, la nación pujante del sur, que es el centinela meridional de nuestra raza, los intelectuales lo incorporaron a su ATENEO y en México se le dió la Presidencia del LICEO HIDALGO, que era el primer centro cultural del país. En los Estados Unidos estudio el rodaje práctico de la primera democracia del mundo, y en las Cortes Monárquicas de España fué el abanderado de las aspiraciones libertarias de su Isla querida, que lo honró en esa elocuente forma, brindándole deliberadamente, ocasión singular para cultivar su espíritu en el trato con los más claros talentos de su época en España y Francia: tales HUGO y CASTELAR.

Periodista, orador insigne, catedrático, magistrado, diplomático, legislador y político, Zambrana llena un período entero de nuestra historia: es una cátedra ambulante que con su poderosa imaginación todo lo abarca, pero los dos cultos de su espíritu han sido la DEMOCRACIA y LA LIBERTAD, digo mal, porque tuvo otro, el culto a COSTA RICA.

Quién como él para exaltar poéticamente nuestro pasado pastoril, que después echó de menos, adonde la vida como en una nueva ARCADIA «no conoce otro lenguaje que el de la sinceridad, ni otro documento que el de la palabra dada». Quién como él para vincular el ciudadano presente a su propio pasado, para despertar en él un estado orgulloso de conciencia cívica, para exaltar el culto a nuestros propios héroes, «cuyos hechos, por su carácter, por la causa de la pugna, por las virtudes de los que combatieron y por el resultado que pendía de la victoria, nada tienen que envidiar a las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell que ha dado tema a los poetas más nobles del mundo...»

Tengo placer en declarar — dijo en una ocasión memorable — como hombre que no ha adulado una sola vez en su vida a un hombre ni a un pueblo, «que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña del 56; que disteis las victorias más cumplidas y los héroes más altos al común esfuerzo; que vuestro Cañas es una figura seductora que recuerda al Hoche de los franceses y Sucre de los sud-americanos; que

POEMAS DEL MAR

Del libro «La Fiesta del Mundo», próximo a aparecer.

CANCIÓN DE LOS DONES DEL MAR

—Tomad, tomad, hombres!... Tomad ter-
[ciopelos
de marinas aguas... Seda de ola impura...
Y granos de arena, de innúmera arena...
Y encajes de espuma...

Todo esto le daban las olas al Hombre,
allá en los comienzos del Cosmos. Y rudas,
allá en los comienzos del Cosmos, las olas
rompían enormes y oscuras.

—Tomad, tomad, hombres...! Con estas
[arenas
haceos las casas, los templos, las tumbas...
Tomad, tomad, hombres!... Haceos los sue-
[ños,
los sueños más grandes con estas espumas...

¡Ah, pobres los hombres! Espumas y arenas
sus caudales fueron. ¡Qué dote la suya!...
Sigamos, sigamos, compañera mía...
Las casas, de arena... Los sueños, de espu-
[ma...

PLAYA

¡Ay! el que más se precia de conocer, en-
[saya.
¿Qué velas son aquellas que vienen y que
[van?...
Apenas conocemos un palmo de la playa...
Y hubo quien dijo: ¡Hay naves que nunca
[volverán!

Un caracol apenas soy junto al mar profun-
[do;
que mar profundo — cierto — la muerte inmen-
[sa es.
En mi humildad recojo la música del mun-
[do...
Una ola al mar inmenso me llevará después.

ARTURO CAPDEVILA (1)

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

(1) ARTURO CAPDEVILA, ya lo he dicho en varias oportunidades, es en mi concepto, el más elevado exponente de la nueva poesía argentina. R. MARTÍNEZ SOLJMAN, que nos envía este recorte.